

JUNGLA PREMÉDICA

Alan Mael



JUNGLA PREMÉDICA

Alan Mael

Título original: *Jungla premédica*

Alan Mael

Fecha publicación: 12-2015

Editor: Alan M.

Edición: 1

Idioma: Español

Licencia: SafeCreative

Todos los derechos reservados.

“Que no se te vaya la vida, tratando de ganártela”.

Anónimo, pero jodidamente sabio.

JUNGLA PREMEDICA

1. Aclaremos.
2. Vocachancla.
3. La llegada.
4. Abierto 24h.
5. Campo de exámenes.
6. Drogas de no recreo.
7. Hidrología & Friends.
8. El adjunto.
9. Sobreviviendo.
10. Postureo quirúrgico.
11. Bibliosex.
12. Pollacentil.
13. Fauna no médica
14. Reaclaremos.

Capítulo 1: Aclaremos.

Existe en la medicina una verdad silenciosa que parece establecerse durante los primeros años de la carrera. Silenciosa, de tanto en tanto. “El alumno de medicina como paradigma de la élite universitaria”. ¡Eres el elegido! Una etiqueta que se encargan de adjudicar las notas de corte, la propia fauna universitaria, los edulcorados profesores, y nosotros mismo en un asombroso ciclo de realimentación ~~re-~~pelente positiva.

Bien. Siempre creí que este libro iría dedicado a dos tipos de personas. Número uno, estudiantes de la carrera. Y aquí va la primera advertencia. Si eres una de esas personas que vive para, por y mediante la medicina, creo que este libro no es para ti, en absoluto. Es más, ciérralo antes de que cada capítulo contribuya a empeorar tu ya de por sí fluctuante humor. En su lugar, siempre puedes descargar alguna aplicación para el móvil y “*jugar*” (en cursiva y comillas, por el amor de dios) a responder preguntas MIR y autoconvencerte de que, sencillamente, eres la hostia.

Número dos, proyectos tempranos de medicina. Estudiantes de bachiller que, intrigados, desean conocer las entrañas de una carrera especial (muy, demasiado especial) que a buen seguro logrará cambiar sus vidas. A vosotros os digo; no os asustéis, en este libro hablaré de la parte más jocosa de la medicina, pero también de alguna que otra virtud. Al menos, eso espero.

Tampoco vayas ahora a hacerte el afligido. Si la nota de corte (o la cartera, *privados*) te lo permite, vas a entrar igual en esta carrera aunque la pinte peor que comenzar arquitectura en pleno 2010.

“Fauna médica” nace del aburrimiento, y no de ese que uno tiene durante el día a día. Nace del eficaz aburrimiento que emerge en lo profundo de los testículos al observar todo este proceso de seis años en el que, muchas veces, los propios estudiantes de medicina somos nuestros peores enemigos.

Seis años intensos donde las supuestas alianzas y el compañerismo se transforman en una carrera por saber quién la tiene más grande. La nota. La vocación. La aspiración. Seis años en los que nos dedicamos a sonreír al prójimo, mientras nos dedicamos alguna que otra zancadilla. Esto es la jungla. Y las cuchillas, sutilmente, sobrevuelan tu cabeza a todas horas.

Pero no todo es malo, ni mucho menos. También intentaré explicar algunas bondades de la carrera. Partes a salvar. Todo lo positivo que me llevo tras los seis años ya vividos. Que no es poco, por mucho que en este libro adopte el papel de mosca *porculera*. Y porque tampoco soy gilipollas, si todo fuera tan negro como pretendo teatralizar, me hubiera metido a maestr... ariquitec... ¿ingeniero? Puta crisis.

Todo muy anónimo, eso sí. Las perlas que están por llegar serían difícilmente compatibles con ejercer la medicina durante la residencia, sin ser señalado por los pasillos como el hereje, la mosca, la oveja negra, o el subnormal profundo que escribió un libro criticando la perfecta y helada jerarquía médica.

Tampoco es uno de esos libros en los que uno relata de forma emotiva y trepidante una serie de casos que le han llegado al corazón, y espera que con más o menos soltura también conmuevan al lector. No. Para eso existe ~~la droga televisiva~~ *Anatomía de Grey* o cualquier derivado, que te lo da todo visual, masticadito, y con una fantástica banda sonora de fondo que te toca la fibra incluso aunque la escena muestre a un traumatólogo ejerciendo. UN TRAUMATÓL-

GO. Cuánto daño ha hecho *Anatomía de Grey* señor, ¡cuánto!

Entonces, uno puede llegar a preguntarse, ¿qué coño es este libro? La verdad, ni idea ¿Y yo que sé? ¿Qué más da? Deja de querer aprender cosas todo el tiempo.

Varias cosas más. Durante nuestro recorrido, encontrarás numerosos porcentajes, datos estadísticos, cifras exactas y demás intentos de dar algo de seriedad a las gilipolleces que vas a escuchar. No te los creas, son mentira. Invencciones, falacias creadas con el objetivo de apoyar mis vivencias. Ya verás como consigo colarte alguna. No bajes la guardia.

No pretendo, de igual manera, utilizar un lenguaje complejo y rítmico que dote al texto de un carácter elitista, puesto que no lo tiene. ¡Cuán fácil sería unir vocablos en cadenas rítmicas, magnéticas, que consiguieran hechizar al lector con una falsa noción de cenit!

Te han dado ganas de vomitar. Normal. Como ya habrás podido comprobar, el texto planito y las cosas claras que aquí lo importante es el mensaje, cargado de maldad.

Son muchas las ocasiones en que los escritores tratan de camuflar un pésimo contenido mediante el uso de palabras complejas, confusas o extrañas. No tienes de qué preocuparte, en Jungla premédica nadie va a intentar engañarte. El contenido es una boñiga, y nosotros te lo decimos, ya de entrada. Al menos, confiamos en lograr que *Jungla premédica* sea una boñiga medianamente graciosa.

Sepa el lector que también se hará un excesivo uso de la ironía. Que gran herramienta, la ironía. Actuando como un filtro implacable, permite que el escritor transmita un mensaje contundente, solo a quien él desee. Esto es, a aquellas personas capaces de distinguir dicha figura retórica.

En resumen, una extraña mezcla de acidez y mala leche que solo pretende crear un momento de distracción, humor, e incluso (poniéndonos seri... ¿serios?) reflexión sobre

qué camino estamos tomando en nuestro ascenso hacia la medicina. Más allá de lo superficial, un mensaje sobre nuestro preocupante coqueteo con el amplio espectro de la soberbia.

Que empiecen los lloros.

Capítulo 2: Vocachancla.

Vocachancla, en efecto. Si al leer el título del capítulo has realizado un rápido juicio de valor tras certificar (con ostentosos conocimientos) que vocachancla no se escribe tal que así, ¡felicidades! Puede que este libro hable más de ti de lo que crees.

Como el libro va a tratar de seguir una especie de orden cronológico, no está de más charlar sobre el que podría ser el verdadero inicio. Mucho antes de tu paso por la carrera, por el instituto, e incluso antes de la escuela. Por los verdaderos inicios.

La vocación. La jodida vocación. Podríamos decir que anida en un porcentaje bastante elevado de los casi-médicos. ¿Un 70%? Por ejemplo.

Pregunta a cualquier candidato a médico y te dirá que la vocación es ese profundo sentimiento innato que le ha acompañado prácticamente desde los inicios de su vida. Inexplicable, orgásmico, mágico. Ser médico era EL camino, único y verdadero. De hecho, ese niño, niña o intersexo acostumbraba a jugar con kits médicos procedentes del *todo a cien*, y además, amaba las series médicas españolas de la época.

¿Es necesaria la vocación para ser médico?

Definida por la RAE, la vocación es la *“Inclinación a cualquier estado, profesión o carrera”*, aunque curiosamente también la *“Inspiración con que Dios llama a algún estado”*. Es decir, si mientras estudiabas *Conocimiento del medio* ya estabas pensando en la medicina, o si llegó a ti a través de inspiración divina (*de todo hay en la viña del señor*, aunque el señor no exista), eres un elegido.

Bien sea un caso o el otro, por todos es conocido que medicina transmite una imagen de pura vocación para el resto de la sociedad. Una carrera larga (aunque no más larga que el paro de la mitad de carreras universitarias) y dura, cuyo esfuerzo acaba por recompensarte el alma, y el bolsillo. Justamente, los dos ingredientes que hacen triunfar a cualquier secta estándar que se precie.

Pero entonces, ¿se necesita vocación? Tan ardua pregunta es capaz de generar poderosos debates, y estoy seguro que tú tendrás tu propia opinión. Si quieres darla a conocer, ~~escribe tu propio libro, coño,~~ puedes hacérmela llegar a través de algún tipo de correo o algo así, estoy seguro.

En mi opinión, que es tan válida e inservible como la tuya, la vocación como requisito indispensable es un error. Debería desaparecer como el gusto innato, y en su lugar establecer una serie de cualidades que te pueden ayudar a ser mejor médico. Tres preguntas bastan, dando por hecho que estés dispuesto a estudiar una carrera de dificultad intermedia como es medicina. ¿Te gusta el trato con las personas? ¿Crees que puedes llegar a ser empático con ellas? ¿Crees que serás capaz de mantener un mínimo de humildad?

Si ese es tu caso, estás preparado para medicina. Olvídate de aquellos que aseguren que no hay medicina sin vocación, que te hundirás, que será demasiado, que esto no es lo tuyo si no estaba escrito de esa manera. Mentira. Todo es mentira. No creas en el destino, ni en la magia. Medicina no es magia. Y por suerte, tampoco es ingeniería aeronáutica. Si quieres, puedes. Tú, y tu vecino Paco el del tercero.

Sea como fuere, existen múltiples vías por las que has acabado, o acabarás estudiando medicina. Y por extraño que parezca, tu gusto u opinión no siempre es la única y verdadera razón. Una de ellas, tan obvia, son tus padres.

Curiosos, los padres que nos trajeron a este mundo cruel. Sean médicos o no, la medicina les apasiona para su hijo. No nos engañemos, quieren lo mejor para ti, y eso es perfectamente compatible con el placer que les supondrá contarle a todos los vecinos que su hijo estudia medicina.

En este contexto, *Las aventuras de Paca y Manolita* nos servirán como perfecto ejemplo de situaciones cotidianas, fruto de la pasión médica:

-¡Paca! Cuanto tiempo hacía que no te veía –exclama una mujer dicharachera, en un mercado al azar-. Tenemos tanto de qué hablar... me he divorciado.

-¡Hombre Manolita! Siento mucho lo de tu divorcio. Ay, ¡Mi hijo ha entrado en medicina! Pero cuéntame, ¿cómo lo llevas?

-Pues ahí ahí... -responde la Manoli, algo cabizbaja-. Se me está haciendo algo duro...

-Ya. Pues mi hijo estudia medicina ¿sabes?

-Sí, lo he escuchado, es geni...

-MEDICINA MANOLA, MEDICINA.

-Debe estar muy content...

-MEDICINAAAAAAAAAAAAA.

-QUE TE FO**** PACA.

Un poco teatralizado. Pero el concepto está claro. Joder, es que suena grandioso. Existen múltiples tipos de padres de acuerdo a la forma de educar a los hijos frente a la universidad; en esta ocasión resumiré los importantes en dos:

- Primero, los que te desean felicidad. Les su-
da completamente que estudies filosofía, bio-
logía o medicina mientras seas feliz. La autori-
dad que ejercen es baja, a cambio de una
gran flexibilidad. Son padres más modernos,
atrevidos, soñadores.

Si las cosas no terminan por salir como uno deseó en sus sueños más húmedos, y acabas en el paro, no te preocupes. Ellos te acogerán el tiempo que necesites, pequeño topo. Siempre te animarán. Hasta que dejen de hacerlo.

- Segundo, los que te desean dinero. Les suda completamente tu opinión, ellos quieren que estudies algo que te permita ganar dinero y/o suponga un mínimo de reputación, que a largo plazo se traducirá en dinero. ¿Qué te has creído, que tus padres son gilipollas? Y no lo hacen porque pretendan enriquecerse a tu costa, más bien porque pretenden dejar arreglada tu vida, y que nunca sufras pobreza, paro, o cualquiera de ese grupo de palabras negras que supongan que ellos sean quienes desembolsen.

Si intentas salirles con que el periodismo o el arte es tu pasión oculta, mediante diversos mecanismos lógicos tratarán de aplastar tus sueños, argumentando que los *hobbies*, *hobbies* son, y que en la vida hay que ser realista. Ganar dinero, y asegurarse un futuro.

¿Conclusión? Mientras seamos jóvenes, intentemos seguir creyendo que en la vida no hay que ser realistas, ricos, o poderosos. Tan solo felices (joder, te ha subido el azúcar. A mí también). Al menos creámoslo hasta que otros vengan a destruir nuestros sueños, o nos hagamos demasiado mayores para soñar.

Bien. Llegado al punto de saber que la medicina es lo tuyo, por vocación o porque les sale de las pelot** a tus padres, toca atravesar una jungla que no es la premédica, pero que también es mucha jungla. El instituto.

Son diversas las voces que defienden que quizás, bachillerato es uno de los cursos más difíciles en la vida del estudiante. Una batalla en la que la victoria no se mide por el aprobado, sino en mantener una media mínima de ocho. En un instituto. Te puedes cagar.

Tus compañeros, que intentan sobrevivir a hostia limpia para alcanzar un 5, han de ser testigos de como tú sufres el verdadero terror por la posibilidad de haber sacado un 6 o 7 en un examen. Testigos de tus lamentos tras haber finalizado un examen que crees que te ha salido regular, en el que luego sacas un 9.75. ¿Cómo no van a odiarte, esquirol?

Piénsalo en frío. Has hecho un examen casi perfecto, pero no perfecto del todo. Te has pasado las cuatro horas siguientes dando vueltas en tu cabeza a ese subapartado del subapartado que vale 0.25 puntos, y que crees que has puesto mal aun sabiéndote la respuesta. ¡Y solo lo sospechas!

O peor aún, en vez de darle vueltas en tu cabeza, has vomitado de lamentos a tus compañeros (luchan por el 5, recuerda) durante un par de horas. Di que sí, a tomar por culo el mundo. El *síndrome del repelente porculador*. Me importa mi nueve y los demás podéis arder en el infierno del suficiente.

Yo mismo fui uno de estos anormales. Y aunque en mi frágil defensa diré que uno es joven, y poco consciente de las cosas, la vida es bastante perra y el karma, aún sin existir, a veces consigue dar buenas lecciones a los repelentes. Porque al igual que siempre hay alguien más rico, más poderoso, o con más nivel en el *Candy-Crush* que tú, también hay alguien más repelente. Y en medicina, decenas. Por eso cuando llegas a la carrera acabas sufriendo lo que un día tú hiciste con tus pobres compañeros en el instituto. Los lloros de otro *repelente porculador*. Pero este es un tema complejo, que desarrollaremos en un capítulo posterior.

Tema aparte sería el *boom* por la medicina que llevamos arrastrando ya cerca de ocho años. No siempre fue así,

de hecho. En el año 2005/2006 era posible acceder a medicina a través de PAU con un 7.5 en tu expediente. A partir de ahí, medicina entró en esa agónica fase de "carrera de moda", por lo que su nota de corte escaló año tras año, hasta llegar a las cifras de hoy, que rondan el 9 sobre 10 para facultades como Granada o Madrid.

¿Cuál es el motivo de tan fatídica maldición?

Número uno, la crisis. Recuerda que esta lista no es más que una invención en el tórpido contexto de un libro boñiga, de ahí que no vayas a estar de acuerdo con gran parte de ella.

La crisis económica ha conseguido llevarse por delante la reputación de un buen puñado de carreras que antaño fueron el terror de las PAU. Arquitectura, ingeniería de puentes y caminos, obras públicas. Carreras más complejas que medicina cuyo futuro para sus estudiantes ha sido incierto, arrastrando una inevitable imagen de paro. Nunca ha sido así para medicina.

Lo que antaño fue una carrera larga y tediosa, repleta de alternativas más rápidas y succulentas, años después de convirtió en ese valor seguro que todo padre quiere para su hijo. Trabajo, dinero, y reputación, todo en uno. El paro en medicina es virtual mientras uno disponga del tiempo, los recursos y las ganas de estudiar a cambio de un sueldo probablemente más bajo del que merece. Esto es, repetir el MIR y asegurarse un sueldo (penoso) como residente.

Ello nos lleva al número dos, el fenómeno *faltan médicos*. No, caballero, lo que falta es dinero, no médicos. Cada verano, las principales cadenas de televisión nos inundan con imágenes de urgencias colapsadas. Últimamente, incluso durante el invierno: Pruebas de imagen que se retrasan semanas, especialistas que citan en consulta para meses... No faltan médicos, lo único que falta es dinero para contratarlos.

Y como no, número tres, el caché. Dejando a un lado mi opinión personal, resulta obvio que en apariencia, ser mé-